

MEMORIA DE ELEFANTAS

Por Fabián Sevilla

Olga había nacido en África, pero vivía en el zoológico desde hacían más de treinta años.

Un día, al zoológico trajeron a Belén; la habían rescatado de un circo.

Belén era una mucho más joven y además de quitarle espacio a en el recito a la ya anciana Olga, también le robó el honor de ser la elefanta estrella del lugar.

Y de entradita nomás hubo lío en las dos.

Lío de elefantas.

Lío grandote, ¿no?

A Olga le molestaban molestosamente los barritos finitos que la más joven emitía a cualquier hora, sobre todo cuando en su celu recibía algún mensaje que le parecía divertido y pícaro y novedoso. A Belén, la aburría una enorme enormidad el silencio que la otra le imponía durante los lunes, cuando el zoo estaba cerrado al público y ella quería dormir la siesta roncando como solo una elefanta puede roncar.

La vieja se brotaba hasta la punta de la cola al ver el desastre que Belén dejaba en el recinto luego de sus duchas de pasto y baños de barro. A la más joven, le causaban pataletas escuchar a Olga hacer un tremendo ruidazo al tomar agua y ni hablar cuando, justificándose en la edad, se quedaba con más zapallitos y zanahorias para la cena.

Pero salvo discutir o no hablarse durante dos semanas, los líos jamás habían pasado de ser discusiones, grandes discusiones porque eran discusiones entre elefantas. Y cuando el enojo se les pasaba, tomaban sol juntas mientras compartían los chismes del zoológico que los monos tití llevaban y traían o se reían de algún chistes que solía contar un cocodrilo... Eran en esos momento en los que sentían que tenerse una a la otra era lo más parecido a ser amigas.

Hasta que un jabalí les contó sobre el programa de liberación de animales en cautiverio.

—Piensan cerrar el zoológico —les explicó el cerdo mientras le sacaba punta a uno de sus colmillos iguales a cuernos de unicornio—. A los que quieran, los mudarán a una reserva natural en otra ciudad y a los que no, en cambio los van a liberar en el continente al cual pertenecen...

—Me anotaré para la segunda opción —aseguró con total seguridad Olga—. Aún guardo en la memoria mi niñez en la sabana africana.

—Yo también me sumaré para ir a África —la imitó bien imitada Belén—. Siempre quise conocer el sitio de donde llegaron mis abuelos.

Por primera vez estaban de acuerdo.

—Cuando esté ahí... ¡voy a arrancar mi comida de los arbustos cuando se me cante! ¡Tendré miles de troncos contra los cuales rascarme a toda hora! —celebró por adelantado la que ya peinaba canas y cuyo pellejo le colgaba igual a un pijama agrandado.

—¡En África al fin sabré lo que es ir y venir sin chocarme con las paredes! ¡Me va a encantar tener una corte de elefantitos para elegir novio! —suspiró la otra, que aún tenía la piel rosada.

Seguían de acuerdo.

—Será como jubilarme...

—Va a ser un nuevo comienzo para mí...

El jabalí, sin querer, metió cizaña:

—Pienso que el cupo de los que quieran viajar será limitado, porque en el barco no habrá espacio para todos. Chicas, ¿cómo decidirán cuál de ustedes se va primero y cuál se queda a esperar el siguiente viaje?

Y se armó una discusión.

Discusión de elefantas.

Discusión grandota, ¿no?

—Me voy yo primer, m'hijita.

—Usted se queda, señora, y se va después.

—Tengo derecho, por ser mayor y porque poseo ciudadanía africana.

—Como mis abuelos eran del Congo yo tengo pasaporte congolés.

Sin ocuparse en averiguar si lo del cupo era cierto o simple suposición del jabalí, la discusión elefantásticamente elefántica las fue poniendo cada vez más bravas.

—LA QUE SE VA SOY YO...

—LA QUE SE QUEDA ES USTED...

—DIJE QUE YO PRIMERA...

—YO DIJE QUE USTED SEGUNDA...

—¡MOCOSA INSOLENTÉ!

—¡ANCIANA DECRÉPITA!

Así estuvieron horas, muchas horas. Pero todo tiene un límite limítrofe, por eso ya cansadas de insultarse, acordaron definirlo al "piedra, papel o tijera". Hasta que se dieron de que salvo los monos, ningún otro animal del zoológico tenía dedos para formar una piedra, un papel o una tijera.

Podrían haberlo decidido con "cara o seca". Pero Olga notó que hacía mucho que en las monedas no había caras dibujadas y Belén no entendía cómo una moneda podía estar seca.

Pretendieron que los visitantes del zoológico votaran quién viajaba antes y cual después. Sin embargo, al público lo único que parecía importarle era arrojarles maní o exclamar sorprendidos cada vez que una de ellas hacía lo que cualquier elefante hace: balancearse sobre las cuatro patas y lanzar chorros de agua por la trompa y sacudir las orejotas y cosas por el estilo.

Volvieron a los que “la que se va soy yo” y “la que me voy soy yo”, aderezados con insultos cada vez más acalorados.

Cuando se les terminaron las palabras y palabrejas y palabrotas las dos se agarraron a las trompadas propiamente dichas porque se daban tremendos tremendísimos cachetazos con sus trompas.

A pedido del resto del animalerío y de los jauleros, intervino el más anciano de los leones que vivían en el zoológico. Era el encargado de hacer la lista de los animales que partirían primero a otros continentes y aunque les explicó que las dos podrían irse, no hubo caso.

—No pondría una pata en África sabiendo que al doblar alguna esquina me voy a encontrar con esa chiquilla desordenada y gritona y que anda todo el día con ese aparatito en una pata —se encaprichó Olga.

—Ni loca iría a un continente donde existe el peligro de seguir escuchando los ronquidos y el ruido que hace al tomar agua esa vieja con olor a naftalina —rezongó Belén.

—¡Ella o yo! —impuso la anciana.

—¡Yo o ella! —repuso la adolescente.

El león decidió definirlo de un modo pacífico y creativo y silencioso.

—Se enfrentarán con preguntas y respuestas sobre elefantes africanos. La que gane, se manda mudar primero; la que pierda, se queda a esperar su turno de viajar pero calladita la trompa, porque ya nos tienen los oídos secos de tanto escucharlas....

—De acuerdo —aceptaron las elefantas—. ¡Pero será un duelo! —se amenazaron a la vez.

Confiada en su memoria de elefanta, Olga se dedicó a preparar su equipaje. A la par, Belén pedía a los animales más antiguos del lugar que le contaran lo que pudieran sobre África y los paquidermos de ese continente que solo conocía por lo que le habían contado o por haber leído algo en wikipedia.

El duelo se realizaría el lunes sin que el público molestara.

Una hora antes del certamen de conocimientos, los demás animales colmaron el recinto de las elefantas: después de tanto escándalo escandaloso querían saber cómo terminaba el asunto.

El león se paró entre las duelistas. De una bolsa llena con papelitos, un tucán sacó con el pico la primera pregunta y se lo pasó al felino melencólico.

—Por un punto... —dijo el león y leyó—: ¿Cómo hacen para convivir en el África los elefantes y los osos pandas?

Uy, qué difícil, pensó Belén. Aun así no se iba a rendir, por eso sin pensarla mucho se arriesgó:

—¿El elefante ocupa la sabana y los pandas los bosques?

—No.

Olga miró a su rival y muy tranquila respondió:

—No pueden convivir jamás, chiquilla ignorante, porque en África no hay pandas.

—¡Correcto! —rugió el león.

Y hubo aplausos de patas y alas y garras para la anciana.

—Por un punto... —el melenudo leyó otro papelito que le pasó el tucán—. ¿Cómo hace un elefante para llegar desde el Canal de Panamá hasta Madagascar?

¡Siempre fui muy bruta en Geografía!, pensó Olga. Lo mismo, como jamás se dejaría ganar por alguien que conocía de oídas sobre el tema, contestó:

—¿Nadando?

—No.

Belén recordó un atlas que le había mostrado una jirafa. Y muy segura, respondió:

—Cruza en barco, porque entre Panamá y Madagascar hay un tócazo de kilómetros de océano.

—¡Correcto!

Las patas y alas y garras estallaron en aplausos para ella.

—La ultima de este encontronazo —anunció el león y leyó el papelito que le arrancó del pico al tucán—. ¿En qué país africano está la reserva más grande de elefantes?

Las dos contrincantes sabían la respuesta. Una cebra la había hablado a Belén sobre esa reserva y desde hacía años, Olga recibía cartas de una prima que vivía en ese mismísimo lugar.

Pero de pronto, en la mente de la anciana se produjo un borrón.

Borrón de memoria de elefanta.

Borrón grandote, ¿no?

Y la más joven, que de tanto compartir tiempo y recinto y encierro conocía muy bien a Olga, notó que además perdía fuerzas.

—¿Cuál responde la pregunta que definirá si se va primera...? —las apuró apuradísimo el león.

Belén iba a contestar, pero le dio ventaja a su rival.

Mareada y confundida y la memoria nublada, Olga apenas podía respirar.

—A la cuenta de uno... dos... —insistió el felino.

—¡No la sé! —gritó Belén.

—Y me sabía la respuesta, pero justo ahora no la recuerdo... —alcanzó a murmurar Olga.

Si Belén no se hubiera parado a su lado a tiempo, la otra hubiese caído desmayada. ¡El esfuerzo de tanto recordar su tierra natal la había enfermado!

El león decidió suspender el encuentro hasta nuevo aviso. Y en silencio, se retiró junto a los demás que no entendían qué había ocurrido.

Belén se ocupó de cuidarla.

Y de a poco, muy poco Olga se fue recuperando.

—Creo que te va a gustar África —le dijo a Belén la primera tarde que tuvo fuerzas para hablar—. Siempre hace calor, es como si el invierno no existiera.

—No hable, abuela —la calló Belén—. Y cómase el puré de zapallitos y zanahorias que se enfría.

Los veterinarios del zoológico consideraron que Olga no podría irse en el primer embarque. Sin embargo, un día vinieron a buscar a su compañera.

—No me voy —se negó Belén con total negación—. Cedo mi lugar a otro.

No le insistieron.

Aunque se quedó anhelando conocer el sitio adonde habían nacido sus ancestros, Belén había decidido no separarse de esa anciana roncadora y que hacía ruido al sorber agua y también apestaba a naftalina.

Y cada vez que veía partir a un animal rumbo a la libertad, murmuraba:

—Jamás conoceré cómo es andar sin toparse con paredes, pero al menos aquí tengo a una elefanta a la cual puedo sentir como mi abuela.

Desde entonces, cuando Olga recae y ella debe cuidarla o darle de comer el puré, le pide:

—Cuénteme, abuela, cuénteme lo que recuerde sobre África.

Y con cada recuerdo compartido, para una es igualito a regresar al hogar.

Y para la otra es algo así como vagar libremente sin toparse contra las paredes.

Las reconfortan los recuerdos.

Recuerdos de elefanta.

Recuerdos grandotes, ¿no?

LA SIESTA EN QUE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO

Por Fabián Sevilla

Cuentan que El Diablo salía en la siesta al campo en busca de almas para llevarse. Tenía sólo una hora y se ponía un poncho que le daba el poder para tan indigna faena. Era una prenda que su madrina le había hecho igualita al fuego: toda roja, con guardas amarillas y en los bordes, colgaban borlitas de oro. Una por cada alma que se había robado.

Así se presentó cierta vez en el rancho de Basilio y Cleofe.

—¿Qué se le ofrece?—, le preguntó la mujer, que sabía de diablos y lo reconoció apenas le vio el poncho.

—Vengo a buscar al Basilio. Me lo llevo conmigo.

—Está durmiendo la siesta. Pase y espere hasta que se lo despierte—, le informó Cleofe, haciéndose la desentendida.

Ahí nomás fue a zamarrear a su marido.

—Basilio, ahí en la cocina está Mandinga. Dice que viene a llevarte—, le contó en voz bajita.

El hombre se atarantó.

—¡Si yo he sido güeno!—, exclamó pálido de espanto.

—¡Güena mandarina! Mi mama tiene razón cuando ha dicho que te merecías el Infierno. Pero no llorí. Tengo una idea.

Cleofe le explicó. Ella sabía que El Diablo no come fruta de su huerto sino del ajeno y con comida lo entretendría durante una hora. Así, su marido, sin hacer un solo ruidito podría escapar.

Volvió a la cocina y halló a Lucifer revisando las ollas.

—¿Qué se cocina?—, preguntó el Ángel Caído.

—Justito preparaba una resfalosa. Al Basilio le encanta esa sopa y, como no tiene dientes, es lo único que puede comer.

El Diablo la miró como preguntando: “¿A mí no me convida?”

Cleofe, que también sabía leer miradas, ahí nomás invitó:

—Si gusta, le sirvo un plato. Ya le hi'echado la masa cotardita y se está cociendo con la cebollita y el ajo. Justo estoy por ponerle orégano y pimentón.

El oscuro invitado se relamió con sus tres lenguas y se sentó a esperar con una cuchara en la garra derecha. Pero no vio que la mujer abusó del pimentón a propósito. Cuando el otro probó la primera cucharada, se le llenaron los ojos de unas lágrimas verdes y espesas como pus, le picó hasta la punta de la cola y le subió un calor que el del Infierno era el de una vela.

—¡Ay, que me quemo!—, aullaba.

—Entonces, sáquese el poncho. Entre la calor de la siesta y la resfalosa, a ver si me estira las patas aquí mesmito—, propuso la mujer.

Basilio miraba todo desde su pieza. Contenía la risa mientras pensaba que su esposa sabía por vieja, pero más por diabla. El Demonio, con tal de matar el calorón, se sacó el poncho y lo dejó sobre el respaldo de la silla.

—¿Y en esta casa con qué endulzan el paladar?— preguntó cuando estuvo más calmado.

—Con unas uvitas. ¿Gusta?

—¡Encantao! No quiero hacerle un feo.

Lo que no le contó Cleofe fue que las uvitas estaban en grapa. El Diablo comió una y le fascino. Comió otra, otra, otra, sin entender por qué la doña cada tanto gritaba:

—¡A su salud!

Cuando terminó, la modorra del Rabudo era terrible.

—¡Qué sueño! ¡Y la de almas que tengo que cazar todavía!—, comentó entre bostezos y estirones.

—Échese una siestita, pues. Más lueguito, cuantito baje el sol se va a hacer sus cosas bien descansao—, lo convidó la doña.

Mandinga se acomodó en la silla y en segundos se durmió sobre la mesa. En ese momento, el Basilio cruzó corriendo la cocina en dirección a la puerta. Antes, agarró el poncho del Diablo y se lo llevó con él.

—¡Vade retro, Satanás! Andáte, que aquí naide te llamó—, le gritó entonces Cleofe mientras le mostraba un Rosario bendecido.

El Tiñoso se despertó sobresaltado. A la orden de la mujer, salió espantado de la casa. Sólo cuando estuvo a varios kilómetros se dio cuenta de que había sido timado: la hora para llevarse almas estaba cumplida.

Y todo por glotón.

Además, le habían quitado su preciado atuendo.

Basilio volvió a su rancho contento.

Cleofe lo recibió a los besos y abrazos. Agarró un cuchillo y cortó todas las borlitas de la prenda. Las almas, luego de darle las gracias, escalaron a las alturas o volaron en libertad hacia cada punto cardinal.

Dicen que El Diablo ya no sale en horas de la siesta.

Dicen también que lamenta no poder volver a lo de Cleofe y Basilio. Pero su lamento no responde que no pueda regresar a buscar el poncho, ese malbicho quiero volver pero para seguir comiendo aquellas endiabladas uvitas en grapas.

LA H PIDE LA PALABRA

Por Fabián Sevilla

El Congreso Anual de Vocales y Consonantes se desarrollaba con tranquilidad, cuando la H estiró una mano para pedir la palabra.

–Te escuchamos– le dijo la T que presidía el encuentro.

La H carraspeó y sin timidez, expuso:

–¡Estoy harta de ser silenciosa! ¡Quiero sonar!

El alboroto alfabético que se armó fue tremendo. La T llamó al orden y pidió a la H que se explicara mejor.

–Y si... todas tienen sonido. Yo, nada. Chicas, aparezco en palabras tan importantes como hijo, hogar e incluso hablar, pero la gente ni me pronuncia y son pocos los que se acuerdan de mí y me utilizan al escribir. ¡Exijo mi derecho a sonar! Aunque sea parecido a otra letra.

–¿Y yo qué? Sueno a U o a V. Si estaré en 30 palabras es mucho. Y no me quejo –le retrucó la W.

–No sabés el dilema que es compartir un sonido con otras –dijo la Q mirando de reojo a la C y la K, que asentían con las cabezas.

–A mí me pasa lo mismo. Encima somos víctimas de los horrores de ortografía–, agregó la Z que compartía un triste destino con la S y la C.

–¡Yo en minúscula tengo punto como la J y no me hago tanto drama! –agregó la I –Aunque confieso que es injusto que la U a veces se dé el lujo de tener dos y se las tira de ser otra letra.

–Tenés dos patas y dos brazos. Yo no puedo decir lo mismo –le gritó la M que vivía renegando por su parecido con la N y la Ñ, que además tenía sombrerito.

La H seguía emperrada.

–No me importa. Necesito un sonido que me dé personalidad. Dependo del lápiz o la lapicera y eso no es vida. ¿A quién le gusta depender de otro?

El resto del abecedario se miró. Algo de razón tenía. La T volvió a tomar el control.

–¿Qué sonido se te ocurre, querida?

–No sé, me gusta el de la F...

–Ah, no, yo no cedo nada –se excusó la F que ya había batallado con la H por el derecho de la palabra “fierro”, entre otras.

–También me gusta el de la V.

–¿La alta o la petisa?

–La de “vaca” –respondió la H.

–Te entendemos, pero ninguna puede cederte su sonido. Se me ocurre que tendrás que salir a buscarte uno propio –sugirió la D, muy comprensiva.

A la T la propuesta le pareció aceptable.

–Eso, tenés un año, hasta el próximo congreso, para encontrar un sonido para sonar–

Todas estuvieron de acuerdo. La H fue a su casa, armó las valijas y partió a buscar lo que tanto quería. Se le ocurrió que el viento podría prestarle alguno de sus tantos sonidos. Con bufanda, guantecitos y pasamontaña viajó al Polo Sur, donde el viento tiene su residencia de invierno. Luego de explicarle, el tipo le dijo que encantado, pero no le convenía.

–Si te cedo algún sonido, cuanto te pronuncien van a volar sombreros, papeles, hasta techos. La gente evitará usarte.

A la H le pareció razonable. Se fue a hablar con el mar. En malla, ojotas y lentes oscuros, llegó a la playa. Bajo una sombrilla escuchó como el mar la convencía de lo poco conveniente de sonar como un choque contra las rocas, un tifón o un maremoto.

–Cada vez que te usen cundirá el pánico.

A la H le sonó coherente. Se fue a ver a las aves. Los pájaros le explicaron que ellos vivían cantando y eso no era apropiado para una letra.

–Imaginate los tímidos. ¿Y los que desafinan –le dijo un canario– ¿Quién va a usar una letra que suena a cacareo de gallina o graznido de cuervo?

Tenía razón. Así como los animales de la selva, el desierto y la montaña. A los del fondo del mar ni les consultó. El fuego, la música, los insectos hasta las máquinas también lograron convencerla con sus argumentos.

Así, yendo y viniendo, pasó un año. La H seguía sin sonar. Frustrada se sentó en un paraje solitario y lloró. Entonces, sintió un zumbido que no sonaba pero estaba. Era el silencio. Ni se le había pasado por la cabeza consultarlo. A decir verdad, como causante de su dolor, no podía ni verlo... ni escucharlo.

Al notarla tan decaída, el silencio hizo lo que nunca: habló.

–Yo me sentiría orgullosa de ser silenciosa. No es un defecto, es una virtud.

–Habría que preguntarle a un mudo si piensa lo mismo –le reclamó la H con agresividad.

–Que no suenes no quiere decir que no existás –insistió el otro–. El sol brilla en silencio y a nadie le es indiferente. Las estrellas van y vienen calladitas. ¿Y alguien las olvida? Las flores y las plantas crecen sin conversar. Los artistas crean en silencio y muchas, muchísimas veces, es mejor callarse que decir algo. En silencio se piensa, se ama, se madura, se lee. Los colores y los perfumes no necesitan sonar. A nadie mata el silencio. Es más, detrás de mi hay un universo de emociones y sentimientos que se expresan sin decir ni mú... El silencio es una puerta o una ventana. No es mudo, querida –dijo y se calló.

La H pensó bastante en eso y cuando estuvo nuevamente frente a su pares alfabéticas, les repitió esos argumentos y comunicó su decisión de seguir sin sonido.

–El silencio significa muchas cosas. Tanto como las palabras –concluyó.

Las otras letras chillaron, gritaron, pero la H no dijo más nada.

Sólo cuando todas se miraron, en silencio, comprendieron.

SOLO PARA USO DIDÁCTICO. PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN SIN PERMISO DEL AUTOR